

NUEVOS PUNTOS DE VISTA SOBRE LA INDEPENDENCIA

SE TRATA DE UNA OBRA dada a luz, en el último mes del “año de Hidalgo”, por la Imprenta Universitaria; segunda sobre tema histórico que ha escrito el joven filósofo Luis Villoro.* La primera (*Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950), en la cual la fuerza del pensamiento no consiguió aliarse estrechamente con la menuda sagacidad erudita, apenas logró estremecer al gremio de los investigadores de nuestro pasado. Esta nueva obra, cuyos aciertos están al alcance del más miope de los historiadores, correrá, sin duda, una suerte diferente. Cabe augurar que no es el discreto volumen del libro, ni el tema, constituido por el momento-eje de nuestra historia, con el cual nos ha familiarizado el bicentenario de Hidalgo, ni otros aciertos menores, lo que hará al lector especializado permanecer atento, durante algunas horas, a las páginas de este libro, sino el ser producto del diálogo entre un robusto y original pensamiento y una sólida base documental.

El autor no es un desconocido. A pesar de sus treinta años (los últimos vividos en la apartada Universidad de Guanajuato; los anteriores en Europa, donde concluye la redacción de esta obra, y la mayor parte en México, donde ha sido discípulo de José Gaos), goza de renombre, tanto por sus dotes cordiales e intelectuales como por su pertenencia al grupo “Hiperión”. Villoro participa del espíritu del grupo y, en especial, de la lúcida conciencia de la crisis que lo define, y coloca a cada uno de sus miembros en situación de comprender, mejor que otras conciencias, la sucesión de fracasos que constituye el contenido de la historia de México y de la historia humana. No es de extrañar que el rotundo fracaso de la revolución de Independencia haya encontrado intérprete idóneo en un “hiperiónida”.

* Luis VILLORO, *La revolución de Independencia. Ensayo de interpretación histórica*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1953; 242 pp. (Ediciones del Bicentenario del Nacimiento de Hidalgo, nº 1.)

No se intenta en las presentes líneas ir más allá de la simple reseña de este último y extraordinario libro de Villoro. Baste, pues, una ligera referencia a sus supuestos ideológicos, al método y al contenido peculiar de la obra—tres indispensables aspectos, todos ellos relucientes de originalidad—. Desde el prefacio tendrá la mayoría de los lectores la sensación de andar por caminos desacostumbrados.

La plataforma de ideas sobre la que edifica el autor su imagen de la guerra de Independencia está suficientemente expuesta en el umbral del libro. Sus ideas acerca de la estructura de la realidad histórica y del saber de la misma pueden entreverse en las siguientes líneas: “El acontecer histórico nada tiene que ver con el transcurrir natural; se funda en el despliegue temporal de la existencia y no en la medida del tiempo del mundo. Mas tampoco tiene que ver con los avatares de una conciencia desencarnada; su protagonista no es una entidad abstracta, sino el hombre concreto arrojado en el mundo. El «lugar» de lo humano en la historia no podrá encontrarse fuera de los límites que le señala su *situación*. Cada existencia es inseparable del mundo de relaciones en que vive y que constituye un contexto común de referencias tejidos por el trabajo y la convivencia.” Y poco más adelante: “La situación es responsable del horizonte de posibilidades reales que se abren ante un individuo o un grupo social; constituye, por tanto, el límite y el punto de partida de cualquier actitud histórica, sin el cual sería ésta incomprensible. Toda situación puede considerarse como un desafío tácito a la acción, como una incitación que exige una *respuesta*; y la dinámica histórica sólo da comienzo con la respuesta del individuo o del grupo social a la situación en que se encuentra. Al través de toda respuesta concreta, podemos vislumbrar una peculiar *actitud* del hombre ante su mundo histórico, que le sirve de fundamento. . . En nuestro ensayo, los comportamientos políticos y las concepciones teóricas tendrán siempre el valor de enigmas que interpretar, datos que remiten a un principio explicativo que los unifica en una conexión con sentido.” Adviértase en los párrafos anteriores el viraje que se da respecto de la tradicional historiografía naturalista. El hombre ha pasado de hijo a padre de la historia. Para encontrarlo—finalidad última de

toda tarea histórica—, debe irse más allá de los comportamientos y de las ideas y aun de las actitudes históricas.

Aunque la labor que Villoro se ha propuesto es la de interpretar (según se declara ya en el subtítulo de la obra) las conductas e ideas que dan fisonomía a la revolución de Independencia, incluye de hecho la recolección de material documental, tarea que le permite el establecimiento de las concepciones y de los comportamientos que componen la materia prima de su labor interpretativa. Asume con éxito tres funciones: la del erudito, la del historiador científico y la del filósofo de la historia; las dos primeras no porque menosprecie la obra ya realizada por eruditos e historiadores, sino obligado por la escasez de recopilaciones documentales y sobre todo de monografías acerca del período de que se trata. Con todo, el autor se ha mostrado competente en los papeles que ha tenido que desempeñar por fuerza. La tarea erudita lo ha puesto en condiciones de manejar una documentación más pulida y abundante que la utilizada habitualmente por los especialistas. En la fijación de hechos e ideas también va más allá de lo hasta ahora conseguido. ¿Quién había delineado un cuadro de las ideas vigentes en México en las tres primeras décadas del xix comparable en perfección al que se ofrece a lo largo de este libro, que pretende ser un ensayo de interpretación? Téngase en cuenta que los trabajos de José Miranda, Alfonso García Ruiz, Moisés González Navarro, Rafael Moreno, Juan Hernández Luna, Francisco López Cámara y otros, en gran parte inutilizables por inéditos, se confeccionan simultáneamente o con posterioridad al de Villoro.

Por supuesto que donde más luce la capacidad del autor es en la tarea que se ha señalado como específica. Es tal el esfuerzo y la inteligencia que ha puesto en la interpretación de los hechos, que sería imposible dar cabida en pocos párrafos al resumen y al análisis que este aspecto merece. Lo que va a continuación no pretende ser el resumen y la crítica de la impropia faena interpretativa que tengo ante los ojos. Debe considerarse como un viaje apresurado y superficial a través de la selva de hechos, ideas e interpretaciones, encerrada en las 235 páginas de *La revolución de Independencia*.

En el capítulo inicial, analiza el autor las clases sociales, "mundos vividos en común", circunscripciones "del mundo social vivido por cada hombre". Distingue cuatro de estos elementos situacionales: la clase administradora y comerciante o "europea", ligada social y económicamente a la metrópoli; la clase "euro-criolla", en la que conviven "alto clero, grandes propietarios y el ejército", que "por más disímbolas que sean sus actividades sociales, presentan una característica común: el sentido ambiguo de su dependencia de la corona"; la clase media o "criolla", desligada de la metrópoli, "sin propiedades ni capital", interesada en rehacer la sociedad a partir de una teoría; por último, la masa trabajadora, en la que se agrupan, sin conciencia de clase, indios, negros y castas, habitantes todos del bajo infierno social e incapaces de trascenderlo. Son éstos los grupos humanos que entrarán en escena. Toca la representación de los papeles estelares al grupo europeo (el villano del drama), al criollo y al euro-criollo.

A partir del capítulo segundo comienza la refriega. Al principio —año de 1808—, los dos contendientes que tienen un mismo concepto de la patria como *haber*, discrepan sobre la manera de manejarla en ausencia del soberano. Al derecho en que trata de fundarse la clase europea, opone el grupo criollo las viejas leyes castellanas, afanoso como estaba de volver a aquella sociedad originaria donde creía encontrar un sitio destinado para él. La disputa cambia de sentido tras la destitución del virrey Iturrigaray, acto de la clase europea que hace aparecer la patria a los ojos del criollo como un *hacer*, como un producto de la libertad de los europeos que, por ende, se hacen responsables del orden social que abominaba el criollo. En este segundo momento se enfrentan dos grupos de hombres, un ofensor y un ofendido.

Los criollos ofendidos sólo podían escoger entre uno de estos dos caminos: aceptar la ofensa resignadamente, o responder en los mismos términos. Un criollo, el párroco de Dolores, al elegir la última posibilidad, desencadena la insurgencia, que abre al criollo la posibilidad de erigir un orden nuevo, hijo de sus aspiraciones. También la clase trabajadora, a poco andar, toma como plataforma de sus anhelos la lucha insurgente. Durante algún tiempo, en los movimientos

encabezados por Hidalgo y Morelos conviven dos banderas enemigas: la del criollismo y la del proletariado. Pronto esta última será vencida.

¿En qué consistía el nuevo orden que la clase criolla anhelaba implantar en lugar del impuesto por el absolutismo español? A esta pregunta se responde satisfactoriamente en el capítulo cuarto, donde se hace un minucioso análisis de las ideas políticas y religiosas de la clase media. En los dos primeros párrafos se puntualiza cómo el criollo novohispano, que llega a obtener la plena dirección de la insurgencia, transita de un ideario político "fincado sobre la concepción hispánica tradicional" a otro modelado por el moderno liberalismo. En los últimos párrafos se exhiben los ideales religiosos de los insurrectos, cuyo contenido lo forma la idea del "retorno al espíritu primitivo de la Iglesia", salvo algunos de ellos que adoptan actitudes anticlericales de moderno cuño. Con todo, cabe afirmar que la modernidad liberal se manifiesta "en el terreno político antes que en el religioso".

Pero las ideas políticas y religiosas de la clase media son, en última instancia, revelaciones de sus actitudes ante su mundo histórico. El descubrimiento y riguroso análisis que de éstas lleva a cabo Villoro en el capítulo quinto debe considerarse como una magnífica faena de la historiografía que propugna. La riqueza de las ideas impide cualquier intento de resumen; pero que este capítulo, por lo menos, debe llegar a ser compañía inseparable de los estudiantes de historia, es una afirmación que a ningún lector le parecerá hiperbólica.

En los dos capítulos siguientes (sexto y séptimo) se recorre un camino análogo al de los dos anteriores. La diferencia fundamental estriba en que ahora el tema de análisis se dirige al grupo social euro-criollo, fiel aliado del europeo en el período más turbulento de la insurgencia; pero que, en el caso de ésta, se vuelve violentamente contra él y asume la dirección del movimiento independentista. Entonces la clase euro-criolla, cuyo ideario político y actitudes históricas se exponen detalladamente en estas páginas, estuvo a punto de constituirse en cimiento de la sociedad mexicana a la cual desligó políticamente de España. La clase media no se dejó ganar la partida.

Con una llamada de atención sobre el ascenso de esta clase al poder al derrumbarse el oropelesco imperio de Iturbide, concluye este gran ensayo del pensamiento histórico. Lo que viene en seguida es sólo un esbozo, como tal excelente, de los movimientos que prolongan la lucha independentista en los años inmediatamente posteriores al 21. Tómese el postrer capítulo de *La revolución de Independencia*, cimera conmemoración del bicentenario del nacimiento de Hidalgo, como luminoso anuncio de una nueva obra del inteligente y laborioso profesor de la Universidad de Guanajuato.

Luis GONZALEZ Y GONZALEZ

DESPUÉS DEL *Indigenismo en México*, Luis Villoro nos presenta, con motivo del bicentenario del nacimiento de Hidalgo, un nuevo estudio de carácter histórico: *La revolución de Independencia*.

Anuncia en el prólogo que su tarea no es propiamente la del historiador; basándose en estudios ya realizados, intenta encontrar el sentido y trascendencia de la revolución de Hidalgo: "nuestro ensayo no pretende. . . suplantarse la tarea del historiador especializado, sólo aspira a coadyuvar en su labor, proponiendo posibles métodos y criterios interpretativos".

Antes de dar nuestra opinión sobre el libro de Villoro, podemos adelantar que, dada su importancia, la interpretación que de nuestra Independencia hace el autor constituirá en adelante una lectura obligada para el estudioso y para el simple interesado en esta época clave de nuestra historia.

El trabajar sobre el sentido de la historia, esto es, el hacer filosofía de la historia, es la meta más alta a que se puede aspirar en el campo intelectual, y por lo tanto la más ambiciosa. La tarea exige conocer otras disciplinas más modestas, analizar de antemano el fenómeno propiamente histórico, el social, el económico, el político, y después, tratar de elevarse sobre ellos para encontrar, mediante un aparato conceptual adecuado, el sentido último a la vida del hombre.

Uno de los mayores aciertos de Villoro es sin duda mostrar

hasta qué grado el fenómeno humano es complejo y escapa a todo intento de interpretación simplista y unilateral, así como a encajonamientos en *a priori*s más o menos de moda que van alejándonos de la verdad. Así, sólo podemos acercarnos al acontecer humano, a fin de desentrañar su sentido, si tratamos de encontrar y afinar todos los matices ideológicos, sociales, tradicionales y políticos, para dilucidar cómo van influyendo y orientando la vida histórica.

Según el autor, nuestro movimiento de Independencia se entiende en formas radicalmente opuestas. Por un lado se explica como reacción tradicionalista contra las innovaciones de la España liberal, y por otro como una conmoción provocada por el movimiento ilustrado y la Revolución francesa. Villoro señala que ambas son válidas y en cierta forma se complementan.

Se complementan, creemos nosotros, siempre que se piense que cada una de esas formas corresponde a épocas distintas en el tiempo, que son, por lo tanto, respuestas a acontecimientos diversos. Algo muy importante que a menudo se olvida es que el éxito del movimiento de Iturbide se debe en buena parte a la fracasada revolución de Hidalgo; ésta había despertado a la nación, y la presencia de Guerrero en el Plan de Iguala fué factor decisivo del buen éxito. Tenemos que lamentar, por supuesto, que haya sido Iturbide y no Hidalgo el que llevó a cabo la independencia "formal", pues ello retrasó sin duda el desarrollo político de nuestro país.

El error más importante que contiene este magnífico estudio es tratar de dividir a nuestra sociedad de principios del siglo XIX en clases sociales para después estudiarlas aisladamente, sistema que se presta a graves confusiones: hay momentos en que el autor abandona su división para utilizar otro tipo de conceptos que explican mejor el fenómeno de la integración social.

La "clase social", en sentido estricto, es un fenómeno del capitalismo y se puede empezar a hablar de ella en Europa a mediados del siglo XIX, y solamente en aquellos países en donde se ha desarrollado el sistema. Por lo demás, incluso actualmente en nuestro medio, hay que manejar el concepto de "clase" con extremo cuidado. Las clases existen en México

en la medida y en los lugares en que México se ha desarrollado dentro del sistema capitalista.

A principios del siglo XIX, la sociedad se encontraba dividida en la Nueva España en estamentos de tipo medieval, a los que hay que sumar un elemento *sui generis*, el indígena, que no constituía propiamente un estamento a la europea y que representaba cuantitativamente la parte más importante de la población.

Esta armazón conceptual utilizada por el autor lo lleva a sostener que la clase media (según él, la de los letrados), al derrocar el imperio iturbidista con ayuda del ejército, traicionó con ese acto su papel de directora del proletariado.

A nuestro entender, la clase media que menciona Villoro estaba formada en su mayoría por la aristocracia de la Colonia, dando a la palabra "aristocracia" su mejor sentido; la clase media, podríamos decir, era esa minoría de hombres de pensamiento que exige toda revolución, y que a través de la historia de nuestro país ha tenido, por fortuna, un papel rector importante. Ahí estaban los Mora, los Zavala, los Mier, los Ramos Arizpe, para no mencionar sino algunos; y éstos no traicionaron al proletariado simplemente porque el proletariado no existía como tal. Ellos planearon la reforma de las instituciones desde arriba; no podían apelar a la ayuda del pueblo en su empresa, pues éste apenas había hecho su aparición en el marco histórico de México con Hidalgo, y carecía por completo de educación política.

Salvo este error, los demás capítulos no son sino aciertos en el estudio que reseñamos. Advertimos un nuevo enfoque que nos permite entender de manera cabal la sublevación criolla del Ayuntamiento de México en 1808. Aunque la tesis de Villoro coincide en parte con la de Silvio Zavala, nos presenta nuevos y brillantes ángulos. En un principio los criollos encuentran en la legislación española la base que les permite exigir un tratamiento más justo de España para sus colonias. Después el criollo, en contacto con la realidad, y concretamente al ser tratado en forma tan desigual en las Cortes españolas frente al peninsular, reacciona violentamente planteándose un mundo de valores opuestos y desligados de los españoles.

Para entender el proceso dramático que se desarrollaba en la conciencia de Hidalgo poco antes de su muerte, se tendrá que recurrir al libro de Villoro, y advertir la lucha interior frente al problema de hasta qué punto se puede justificar la violencia cuando ésta constituye el único camino para alcanzar la libertad.

Queda iniciado el tema del nacimiento de los grupos políticos que van a dividir a lo largo de la historia, a veces en forma irreconciliable, a la familia mexicana. Señalemos, por último, esta idea: la guerra insurgente transformó las personalidades de Morelos e Hidalgo: en Hidalgo, las concepciones ilustradas se desplazan por el impulso popular; en Morelos, en cambio, su concepción popular se transforma al contacto de las ideas ilustradas; "el pueblo arrastró al sabio de Dolores poniéndole a su servicio, pero la ilustración se vengará seduciendo al gran caudillo popular hasta perderlo".

Es de lamentar en una investigación tan seria como la de Luis Villoro la falta de índices y bibliografía.

Catalina SIERRA CASASUS